

ROY SIGÜENZA

Apuntes de viaje a Nurdu

*The silver track of time empties into the distance
(La vía plateada del tiempo descansa en la lejanía)*

Sylvia Plath

Una canción barata en la radio del bus que me lleva
a Nurdu

“la ciudad más antigua de la tierra”.

Allá tienen dioses más benignos que los nuestros

—Escuchan todo lo que se les dice y obran—

Dicen que ayudan a devolver las cosas a su lugar

—Ojalá puedan con mi corazón.

*El tiempo es una barrita de chocolate que masticamos
/para entretenernos en cada estacionamiento.*

pasamos

Muluncay, el pueblito de los malabaristas, con sus hombres y mujeres de vida airada; todos aficionados a la desnudez y decir claro —hablan en agua—. No están cartografiados.

pasamos

Soapacá, en una colina. Ahora que es la noche, muy arriba, parpadean hachones de luz; de día es el bosque de Payanchillos lo que arde. De cuando en cuando se encuentran huesos de pájaros bajo las ramadas; pero huesos de humanos, nunca.

Llegado el momento ¿sabremos que también ellos han muerto para nosotros?

pasamos

Guambi, la del viejo silabario para escapar con vida de los ataques de los lobos cuando llega la nieve. Poco se conoce de sus habitantes —“los de pies pardos”—, solo que se alimentan de setas y creen, aún, en el Dios de la Madrugada. Les es fiel.

Anoto:

“El barro entiende que lo durable pasa en el breve remezón de un grito”.

pasamos

Este es, debe ser, Chanduy —en los bajos de la cordillera de Jorupe—, donde se trafica con las curas de agua y se vive sin aprensiones porque nada perece. El amor tiene aquí su herbolario y su Casa de Citas —de muchos sexos.

Anoto:

“¿Dónde la piedra de mi inscripción?
¿En qué caligrafía dirá mi nombre?”

pasamos

Muey, al filo del Mar de las Despedidas. Se ven embarcaderos, canoas, un yate, una carabela, tropezando con el mar, a su suerte. Oímos decir que un animal repta por los sueños de la gente, borrando todo lo que encuentra a su paso.

pasamos

Guayaymi, sin una hierba; puro viento y ruido de preguntas, secos. Un poco más al fondo, Sabanay, perdido por la infección del oro; un hervor de gente mala. Espero que al chofer no se le ocurra hacer un alto por ahí —llevo mis ofrendas.

Anoto:

*Sangra este momento:
es la hondura del amor
—su cara de pez feroz—*

Más abajo

una

boca

llama

Jama, la de venar nacarado. Los viandantes no dialogan —desecharon las palabras por corruptas hace años—, y clarividentes, han represtigiado la rosa y el abrazo. Ciega, un tiempo ardió como yesca, pero guarda aún un listón de barro y piedra en la memoria al que protege con leyes severas. Hoy se sabe de una facción de crueles que urden planes para que cunda el fuego —se hacen llamar “los cofrades de lo puro”—. Ya han atentado contra todos los Observatorios de Vientos y la Casa de las Atadoras de Nubes.

Anoto:

“Los cuyes escuchan el florecimiento del Arupo —el soundtrack del arribo del tiempo”.

*“La boca zen que dice cosas inalcanzables
¡ay! la huesería de los días y las noches,
perdida en la Zona de los Charcos,
sin nombres,
sin fechas;
esa memoria enaltecida por las sangres.*

*Arribará el aliento de lo claro,
crecerá la Era de los Inocentes”.*

De un momento a otro, la radio dejará de sonar; entonces estaremos, quizás, en la ciudad de las Puertas de Ceniza, en cuyo pórtico deberíamos leer:

EL DESEO ES UNA PREGUNTA CUYA RESPUESTA NADIE SABE*

* “No decía palabras”. Luis Cernuda **U**

Roy Sigüenza (Ecuador)

Ha publicado *Cabeza quemada*, *Tabla de mareas*, *La hierba del cielo*, *Ocúpate de la noche*, *Cuatrocientos cuerpos* y la antología *Abrazadero y otros lugares*.